

Un rescate arriesgado



El escocés enfocó de nuevo su catalejo y escudriñó minuciosamente. La tropa de jinetes se iba haciendo más visible, pudiéndose apreciar sus evoluciones.

Kennedy reanudó su vigilancia, diciendo pocos instantes después:

- Son árabes, lanzados a galope tendido: los veo claramente. Son unos cincuenta. Veo sus chilabas flotando al viento. Es un ejército de caballería; su jefe les precede a cien pasos y el resto sigue sus huellas.

- Sean los que fueren –repuso el doctor-, nada hemos de temer; en último caso, nos elevaríamos.

-¡ Espera, Samuel! ¡Espera! - dijo Richar.,

- Y tras atisbar nuevamente, agregó con calma:

- ¡ Es extraño! Hay algo que no puedo acabar de explicarme. A juzgar por su empeño y por la irregularidad de su formación, esos árabes parecen más perseguir que seguir.

- ¿ Estás seguro, Dick?

-¡Segurísimo!... ¡Vaya!...

Es un acoso en toda regla, pero el acosado es un hombre. No es un jefe quien les precede, sino un fugitivo.



-¿ Un fugitivo? –preguntó emocionado.

-Sí.

-No le perdamos de vista y esperemos.

Los expedicionarios no tardaron en ganar tres o cuatro millas a los jinetes, cuyas monturas apenas tocaban al suelo.

-¡Samuel! ¡Samuel! -exclamó Richard, con voz trémula.

-¿ Qué ocurre?

-¡No es ilusión! ¿Será posible?

-¿Qué ocurre? –inquirió Samuel.

-¡No hay duda! ¡Es él!

-¡Él! -repitió Fergusson.

La palabra él lo decía todo. No era preciso nombrar al aludido.

-¡Es él, a caballo! ¡Apenas le separan cien pasos de sus perseguidores! ¡Huye?

-¡Sí! ¡Es Joe! -dijo el doctor, palideciendo.

-¡No podrá vernos en su huida! -observó Richard.

-¡Nos verá! -afirmó Samuel, cortando la llave del dilatador.

-Pero ¿cómo?.

-Dentro de cinco minutos estaremos a cinco pies del suelo; en quince, a nivel de nuestro compañero.



-Le avisaremos por medio de un disparo.
-¡No! No puede retroceder; está cortado.
-Entonces ¿qué podemos hacer?
-Esperar.
-¿Esperar? ¿Y los árabes?
-Ya les alcanzaremos. Nos separan de ellos dos millas escasas, y con tal de que resista el caballo de Joe...
-¡Dios mío! -exclamó Richard. -¿Qué pasa?

El escocés lanzó su angustiada exclamación al ver desmontado a Joe. Su caballo, extenuado, rendido por la fatiga, acababa de caer, desplomado.

¡Nos ha visto! -exclamó Samuel-. ¡Ha hecho señas al ponerse en pie!
-¡Pero los árabes van a su alcance! ¿Qué espera?...
¡Ah! ¡Qué alma tiene ese muchacho! ¡bravo! -gritó el cazador, sin poder reprimir su entusiasmo desbordante.
El caballo se levantó en el acto, después de caer.

-Pero ¿qué hace Joe que no se para? -preguntó el escocés al parecer muy sorprendió.
-Algo más de lo que parece, Dick. Adivino su táctica, que consiste sólo en mantenerse en la dirección del aerostato. Cuenta indudablemente con que le comprendamos. ¡Descuida, mi buen Joe; ¡Te secuestraremos en las barbas de esos árabes! Ya estamos a menos de doscientos pasos.

El Victoria adelantó al pelotón de jinetes lanzados a rienda suelta en persecución de Joe. El doctor, en la parte anterior de la barquilla, tenía preparada la escala, pronto a desplegarla con la debida oportunidad.

-¡Atención! -advirtió Samuel a Richard.

-¡Preparado! -contestó éste.

-¡Joe, asegúrate bien! -gritó el doctor en tono vibrante arrojando la escala, cuyo extremo inferior rozó el suelo, levantando una densa polvareda.

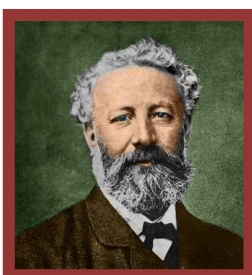
Al requerimiento del doctor, Joe se volvió sin refrenar a su caballo y se asió al vuelo a la escala. En el acto ordenó Samuel a Richard:

-¡Tira el lastre!

-¡Allá va! -contestó el escocés, cumplimentando a la vez el mandato de Samuel.

El aerostato, aligerado de un peso superior al de Joe, se elevó a ciento cincuenta pies.

Joe se afianzó firmemente en la escala, en tanto duraron sus violentas oscilaciones; luego, haciendo un gesto indescriptible a los árabes y trepando con la agilidad de un acróbata, llegó junto a sus compañeros, que le recibieron en sus brazos.



Julio Verne, Cinco semanas en globo.